

libro al viento



UNA CAMPAÑA
DE LA
SECRETARÍA
DISTRITAL
DE CULTURA,
RECREACIÓN
Y DEPORTE



Con el aval del Fondo Internacional
para la Promoción de la Cultura



ALCALDÍA MAJOR
DE BOGOTÁ D. C.
Secretaría de
CULTURA, RECREACIÓN
Y DEPORTE
Secretaría de
EDUCACIÓN

Bogotá sin indiferencia



BOGOTÁ
CAPITAL MUNDIAL
DEL LIBRO
2007

BARTLEBY

Alcaldía Mayor de Bogotá
Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Secretaría de Educación

HERMAN MELVILLE

BARTLEBY

Traducción de María Candelaria Posada

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D. C.
Secretaría de
CULTURA, RECREACIÓN
Y DEPORTE
Secretaría de
EDUCACIÓN

Bogotá sin indiferencia

Luis Eduardo Garzón
ALCALDE MAYOR DE BOGOTÁ

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte

Martha Senn
DIRECTORA

Victor Manuel Rodríguez Sarmiento
SUBDIRECTOR DE FOMENTO A LAS ARTES
Y LAS EXPRESIONES CULTURALES

Ana Roda
GERENTE DE LITERATURA

Secretaría de Educación del Distrito

Francisco Cajiao
SECRETARIO DE EDUCACIÓN DISTRITAL

Marina Ortíz Legarda
SUBSECRETARIA ACADÉMICA

Isabel Cristina López
DIRECTORA DE GESTIÓN INSTITUCIONAL

Elsa Inés Pineda Guevara
SUBDIRECTORA DE MEDIOS EDUCATIVOS

Roberto Puentes Quenguan
DINAMIZADOR PLAN DISTRITAL DE LECTURA Y ESCRITURA

© De esta edición: Secretaría Distrital de Cultura,
Recreación y Deporte, 2007

www.scrd.gov.co

Bogotá, agosto de 2007

Todos los derechos reservados. Prohibida su
reproducción total o parcial sin permiso del editor

ISBN 978-958-8321-15-8

Asesor editorial: Julio Paredes Castro

Coordinadora de publicaciones: Diana Rey Quintero

Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso por Prensa Moderna Impresores. Hecho en Colombia

INTRODUCCIÓN

Se podría decir que el escritor norteamericano Herman Melville protagonizó, como tanto otros artistas y escritores, dos vidas irreconciliables en el tiempo y el espacio. Por una parte, está la llamada vida real que va de 1819, año de su nacimiento, a 1891, año de su muerte, y que transcurrió en gran medida bajo la sombra. Por otra, la vida nueva que le trajo el renacimiento póstumo, casi treinta años después de muerto, de una obra entendida por fin como una manera estremecedora de acercarse al alma humana y, en consecuencia, al mundo de los hombres, nunca antes vista ni leída.

De la primera vida, la biografía cuenta que fue el tercer hijo de una acomodada familia de comerciantes en Boston, con descendencia, tanto por vía materna como paterna, de héroes revolucionarios, cuyos antepasados venían, a su vez, de Escocia y Holanda. Su padre, agobiado por las sombras de las deudas y la locura, moría en 1832 dejando a la familia al borde de la ruina total; circunstancia que obligó al joven Herman a contribuir con el sustento familiar y personal, y abandonar los estudios para servir, entre otros oficios, como portero de banco, granjero, y profesor de colegio. En 1839, y como reacción al desánimo y la tristeza que le generaba el nuevo estado de cosas, se enroló como grumete en un barco mercante que zarpaba hacia Londres en una travesía de cuatro meses. De esta primera experiencia de formación nació una

de sus obras más personales y memoria de esta temprana desolación íntima, *Redburn*, publicada diez años más tarde. Pero, sobre todo, nació también la atracción incontenible por la inmensidad y los espejismos del mar, en un apasionamiento que le imprimiría a su obra posterior una cualidad única.

Así, Melville zarpaba de nuevo a comienzos de 1841 a bordo del ballenero *Acushnet*, que tenía como itinerario la ruta del Pacífico Sur. Firmó un contrato para trabajar el tiempo del viaje, pero a causa del trato inhumano a bordo, desertó con otro compañero al año y medio, en las Islas Marquesas. Después de atravesar acantilados y una vegetación irreconocible y espesa, arribaba al temido valle de Taipi, habitado, según las leyendas occidentales, por caníbales, que le brindaron en cambio una amabilidad casi bendita. Abatido por las fiebres y las infecciones, pasó varias semanas en solitario al cuidado de los nativos, mientras su compañero, a quien no volvió a ver muchos años después, salía en busca de una ruta de regreso. Recuperado, vagó por más de un año entre las islas, hasta que finalmente zarpó desde Honolulu hacia América, arribando a Boston a finales de 1844 a bordo del buque de la armada *United States*.

Esta segunda experiencia marítima fue la inspiración para sus primeras novelas: *Taipi* (1846), *Omoo* (1847), *Mardi* (1849) y *Chaqueta Blanca* (1850), contando la ya mencionada *Redburn* (1849). Las dos primeras forman una secuencia, donde puso en evidencia la crueldad de los misioneros, con el

contrapeso de la hospitalidad y la belleza física de los nativos y su naturaleza. Le brindaron un inmediato aunque breve y relativo éxito, y cifraron, tanto en su elaboración como en su resultado, el destino doble de Melville como escritor: la impulsiva obsesión por la escritura y el desdén creciente del público y la crítica por cada obra publicada.

En 1847 se casó con Elizabeth Shaw. Instalados en Nueva York hasta 1850, decidían, después de un viaje por Inglaterra y otros países de Europa, trasladarse a la granja Arrowhead, otra herencia familiar casi en ruinas, donde Melville, durante los trece años siguientes, intentó nivelar una situación económica cada vez más precaria, con libros que no le reportaron ninguna ganancia real en vida. Sin embargo, fue allí donde escribió sus dos grandes obras maestras, sin comparación en la historia de la literatura: la novela *Moby Dick* (1851) y el relato “Bartleby, el escribiente” (1853). La primera narra la persecución frenética y ciega del capitán ballenero Ahab, un hombre que apenas si ha pisado tierra firme en toda su vida, contra la gran Ballena Blanca, el misterioso animal que lo mutiló tiempo atrás. Historia de la lucha descomunal contra un espejismo enorme y silencioso, de una belleza que enceguece, y que arrastra sin remedio hacia el naufragio a todos los hombres que lo siguen, *Moby Dick* es también la prueba del esfuerzo de un hombre por llegar a una obra a la que no parece antecederla ni seguirla nada igual. Aún así, la acogida del libro fue irregular y poco entusiasta.

Escrito por encargo y durante una época de decepción literaria, matrimonial, e insolvencia económica crecientes, “Bartleby” parece, en su desconcertante argumento, un presagio de los últimos años de Melville. Entre muchas otras cosas, “Bartleby” es el relato escueto, sin la obsesión detallista de *Moby Dick*, de la melancolía, personificada en un hombre que ha abandonado el mundo que los otros consideran el único razonable y, por lo tanto, el más sencillo de vivir: el mundo de la eficacia y los resultados. Diez años después de publicarlo, Melville se reinstalaría en Nueva York con su esposa y sus cuatro hijos. Allí, durante un tiempo, se dedicó a la poesía, y padeció no sólo la silenciosa certidumbre del fracaso como escritor sino el suicidio de su hijo mayor en 1867. Al margen ya de la literatura, y para no caer de nuevo en la ruina y perder la familia, consiguió un empleo estable como inspector de aduanas para la ciudad de Nueva York. Cargo que ejerció durante diecinueve años y algunos meses, superando en casi diez años su carrera como escritor “activo”. Murió en septiembre de 1891 y, como prueba irrefutable de la sombra burocrática en la que se convirtió, el nombre de la nota necrológica fue *Henry Melville*. Dejó una novela póstuma, *Billy Budd*, cuya publicación en 1924 le otorgó la segunda vida que, como lo verá ahora el lector, sigue latente.

JP

BARTLEBY

SOY UN HOMBRE algo mayor. La naturaleza de mis ocupaciones durante los últimos treinta años me ha mantenido en un contacto mayor del usual con lo que podría parecer un conjunto de hombres interesantes y de alguna manera singulares sobre los cuales no se ha escrito hasta ahora nada que yo conozca: me refiero a los copistas legales o escribientes. He conocido a muchos de ellos en la vida profesional y en la privada y, si quisiera, podría relatar diversas historias que harían sonreír a los caballeros de buena disposición y sollozar a las almas sentimentales. Pero renuncié a las biografías de todos los otros escribientes a cambio de unos pocos pasajes de la vida de Bartleby, que era un escribiente, el más extraño que alguna vez haya visto o sobre el cual tenga noticia. Aunque de todos los otros escribientes yo pudiera escribir la vida completa, sobre la de Bartleby no se podría hacer nada por el estilo. Creo que no hay materiales para una biografía completa y satisfactoria de este hombre. Es una pérdida irreparable para la literatura. Bartleby era uno de esos seres sobre los que nada se puede afirmar sin las fuentes originales y, en su caso, estas son muy pocas. Lo que mis asombrados ojos vieron de Bartleby, eso es todo lo que sé de él, excepto un rumor vago que aparecerá al final.

Antes de hablar del escribiente tal como se me presentó, conviene que cuente algo sobre mí, mis empleados, mi negocio, mis oficinas y los alrededores en general, porque tal descripción es indispensable para una comprensión adecuada del personaje principal del que voy a hablar. En primer lugar, soy un hombre que desde su juventud ha tenido la profunda convicción de que la mejor forma de vida es la más fácil. Por tanto, aunque pertenezca a una profesión proverbialmente enérgica y a ratos nerviosa hasta la turbulencia, no he permitido nunca que nada por el estilo invada mi paz. Soy uno de esos abogados sin ambición que nunca se dirige a un jurado ni atrae de ninguna manera el aplauso público, sino que en la tranquilidad calmada de un apacible refugio hago cómodos negocios con bonos, hipotecas y escrituras de los hombres ricos. Todos los que me conocen me consideran un hombre eminentemente seguro. El finado John Jacob Astor, un personaje que no era dado al entusiasmo poético, no dudaba en decir que mi gran ventaja era la prudencia, seguida por el método. No hablo por vanidad, simplemente por registrar el hecho de que el finado John Jacob Astor empleaba mis servicios, y cuyo nombre, lo admito, me encanta repetir porque tiene un sonido redondo y global, y tintinea como lingotes de oro. Añadiré libremente que no me

era insensible la buena opinión que de mí tenía el finado John Jacob Astor.

Algún tiempo antes del periodo en el que comienza esta pequeña historia mis ocupaciones habían aumentado mucho. Se me había conferido el antiguo puesto, ahora extinto en el estado de Nueva York, de magistrado del tribunal civil. No era un oficio muy difícil y sí muy bien remunerado. Casi nunca me salgo de casillas ni mucho menos me dejo llevar de la peligrosa indignación por daños y perjuicios, pero debe permitírseme ser imprudente y declarar que considero como un acto prematuro la eliminación súbita y violenta del puesto de magistrado del archivo judicial, gracias a la nueva Constitución, tanto más cuando yo contaba con una entrada vitalicia de aquella remuneración, la cual solo recibí por unos pocos años. Pero esto es al margen.

Mis oficinas estaban en la parte de arriba del número ___ de Wall Street. Por un lado daban sobre una pared blanca del interior de un espacioso túnel de luz que penetraba el edificio de arriba abajo.

Esta vista podría haber sido considerada algo sosa, deficiente en lo que los pintores de paisajes llaman “vida”. Si ese era el caso, la vista del otro lado de mis oficinas ofrecía por lo menos un contraste, aunque nada más. En esa dirección, mis ventanas daban sin obstrucción sobre

una noble pared de ladrillo, ennegrecida por el tiempo y la sombra sempiterna, pared que no requería de un catalejo para resaltar sus bellezas ocultas, pero que, para beneficio de todos los espectadores miopes, subía hasta cinco metros más arriba que mis ventanas. Gracias a la gran altura de los edificios vecinos, y como mis oficinas estaban en el segundo piso, el espacio entre esa pared y la mía se parecía a un gran tanque cuadrado.

En el periodo previo a la llegada de Bartleby, tenía empleadas a dos personas como copistas y a un muchacho muy prometedor que hacía oficios varios. Primero, Turkey; segundo, Nippers; tercero, Ginger Nut*. Estos nombres pueden parecer muy distintos a los que se encuentran usualmente en el directorio. En verdad, eran apodos que se habían conferido mutuamente mis tres empleados y que se pensaba expresaban algo de sus respectivas personalidades o de su carácter. Turkey era un inglés bajo y robusto, aproximadamente de mi misma edad; esto es, no muy lejos de los sesenta. En la mañana uno podría decir que su cara tenía un hermoso tono rojizo, pero después de las doce del día, su hora de almuerzo, brillaba como una chimenea llena de carbones de Navidad, y continuaba brillando, pero

* *Turkey*: pavo; *Nippers*: pinzas; *Ginger Nut*: bizcocho de jengibre (n. de la t.)

con una disminución gradual, hasta las seis de la tarde más o menos; después yo ya no veía más al propietario del rostro, el cual llegando a su meridiano con el sol, parecía ocultarse con él, para salir, culminar y ocultarse al día siguiente con la misma regularidad y con intacto esplendor. Hay muchas coincidencias singulares que he conocido en el curso de mi vida y una de ellas es el hecho de que exactamente cuando Turkey desplegaba sus mejores rayos desde su rostro radiante y rojo, justo entonces, en ese mismo momento crítico, comenzaba el periodo diario en que yo consideraba que sus habilidades laborales se veían seriamente perturbadas por el resto de las veinticuatro horas. No es que se pusiera perezoso ni adverso al trabajo; lejos de esto. La dificultad estaba en que se mostraba demasiado enérgico. Mostraba una imprudencia extraña, inflamada, agitada, caprichosa en todas sus actividades. No tenía ningún cuidado al hundir su pluma en el tintero. Todas las manchas sobre los documentos aparecían ahí después de las doce del día. Efectivamente, no solo era descuidado y dado a hacer manchas en la tarde sino que algunos días iba más allá y se volvía bastante ruidoso. En esos momentos también su cara lanzaba llamas con despliegue deslumbrante, como si se hubiera puesto carbón de piedra sobre antracita. Hacía un ruido muy

desagradable con su silla; derramaba la arena para secar; al arreglar sus plumas, las rompía en pedazos con impaciencia y las tiraba al suelo con furia súbita; se paraba y se inclinaba sobre su mesa golpeando sus papeles de una manera muy indecorosa, cosa muy triste de ver en un hombre mayor como él. Sin embargo, en muchos sentidos era una persona muy valiosa para mí y antes de las doce del día era la criatura más rápida y estable, que llevaba a cabo una gran cantidad de trabajo de una manera que no era nada fácil de igualar; por estas razones yo estaba dispuesto a hacer caso omiso de sus excen- tricidades, aunque ocasionalmente le daba una reprimenda. Lo hacía muy gentilmente, sin embargo, porque aunque era el hombre más atento, no, más suave en la mañana, en la tarde era propenso, si se le provocaba, a ser algo imprudente con la lengua; de hecho, insolente. Ahora bien, valorando sus servicios matutinos como lo hacía y resuelto a no perderlos, y al mismo tiempo incómodo por sus revoltosos modales después del medio día, y como soy un hombre de paz y no quería que mis admoniciones suscitaran respuestas por parte de él, me hice cargo de decirle con mucha amabilidad un sábado a mediodía (siempre estaba peor los sábados) que quizás ahora que estaba envejeciendo bien podría abreviar su trabajo; es decir, que no tenía que venir a mi oficina des-

pués de las doce del día sino que, después del almuerzo, se fuera a sus aposentos y descansara hasta la hora del té. Pero no, insistió con su devoción de las tardes. Su faz se puso intolerablemente fogosa mientras me aseguraba con gran oratoria, gesticulando con una regla larga al otro lado de la habitación, que si sus servicios matutinos eran útiles, ¿cómo no iban a ser indispensables por la tarde?

–Con permiso señor –dijo Turkey en esa ocasión–. Me considero su mano derecha. En la mañana arreglo y despliego mis tropas, pero en la tarde voy al frente y galantemente ataco al enemigo, así –y lanzó un violento mandoble con la regla.

–Pero, las manchas, Turkey –me atreví a decir.

–Verdad; pero con permiso, señor, mire estos cabellos. Me estoy volviendo viejo. En verdad, señor, una mancha o dos en una tarde cálida no deben reprochárseles con severidad a mis cabellos grises. La edad, aunque manche la página, es honorable. Con permiso, señor, *los dos* nos estamos volviendo viejos.

No podía dejar de escuchar esta apelación a mis sentimientos. En todo caso, vi que no se iría. Así que resolví dejarlo, con la intención de que durante la tarde estuviera ocupado con mis documentos menos importantes.

Nippers, el segundo en la lista, era un joven con bigote, cetrino y con apariencia algo pirática, de unos veinticinco años. Siempre pensé que era víctima de dos poderes maléficos: la ambición y la indigestión. La ambición se evidenciaba por cierta impaciencia con las labores de un mero escribiente, una usurpación injustificada de asuntos estrictamente profesionales, tales como la elaboración original de documentos legales. La indigestión parecía demostrarse con un mal humor y una irritabilidad ocasionales que lo hacían apretar los dientes por errores que cometía al copiar, con maldiciones innecesarias silbadas más que habladas, al calor del trabajo, y especialmente con una insatisfacción continua con la altura de la mesa donde trabajaba. Aunque tenía habilidad mecánica, nunca logró acomodarse a su escritorio. Le ponía debajo pequeñas piezas, bloques de varias clases, astillas de madera, y al final llegó hasta intentar un ajuste preciso con pedazos doblados de papel secante. Pero nada servía. Si, para aliviar la espalda, colocaba la mesa en un ángulo agudo con su quijada, y escribía como un hombre que usara el inclinado tejado de una casa holandesa como escritorio, decía que esto impedía la circulación en los brazos. Si ahora bajaba la mesa hasta la cintura y se inclinaba sobre ella al escribir, entonces le dolía mucho la espalda. En breve, la verdad

es que ni no sabía lo que quería. O si quería algo era deshacerse de la mesa de escribiente de una vez por todas. Entre las manifestaciones de su enferma ambición estaba el gusto que sentía por recibir visitas de ciertos tipos de apariencia ambigua con chaquetas zarrapastro-sas, a quienes llamaba sus clientes. En verdad, yo sabía que a veces oficiaba como político local, que en ocasiones también hacía sus negocitos en las cortes judiciales y que no era desconocido en las puertas de la cárcel. Tengo buenas razones para creer, sin embargo, que un individuo que lo visitó en la oficina y que él con grandes aires insistía en que era su cliente, no era más que un cobrador y la supuesta escritura, una factura. Pero con todas sus fallas y las molestias que me causaba, Nippers, como su compatriota Turkey, era un hombre muy útil; escribía con letra rápida y pulida, y cuando quería se comportaba como un caballero. Además, siempre se vestía como un caballero y así, por reflejo, le daba buen nombre a mi oficina. Mientras que con respecto a Turkey tenía que preocuparme mucho de que no fuera un descrédito para mí. Su ropa se veía grasosa y olía a comida. En verano usaba los pantalones muy sueltos y holgados. Sus chaquetas eran execrables, su sombrero no se podía tocar. Pero mientras que el sombrero me era indiferente, pues su deferencia y natural decencia

de inglés subalterno siempre lo llevaban a quitárselo en el momento de entrar a la oficina, sus chaquetas ya eran otra cosa. Respecto de sus chaquetas hablé con él pero sin ningún efecto; la verdad era, supongo, que un hombre con un ingreso tan pequeño no podía darse el lujo de lucir una cara tan lustrosa y una buena chaqueta al mismo tiempo. Como observó un día Nippers, el dinero de Turkey se iba más que todo en tinta roja. Un día de invierno le regalé a Turkey una chaqueta mía muy respetable; una chaqueta gris forrada, muy cálida, que se abotonaba desde la rodilla hasta el cuello. Pensé que Turkey apreciaría el favor y bajaría la brusquedad y la rudeza de la tarde. Pero no; creo de verdad que abotonarse una chaqueta tan suave y parecida a una cobija tuvo un efecto pernicioso sobre él, por el mismo principio de que demasiada avena no es buena para los caballos. De hecho precisamente como se dice que un caballo inquieto *muestra* la avena, así Turkey *mostraba* esta chaqueta. Lo volvía insolente. Era un hombre a quien la prosperidad perjudicaba.

Aunque sobre los hábitos indulgentes de Turkey yo tenía mis propias conjeturas, en cuanto a Nippers, yo estaba persuadido de que a pesar de sus fallas en otros aspectos, era un joven sobrio. La naturaleza misma parecía haber sido su cantinero, y al momento de nacer,

regó sobre él un carácter tan irritable y alcohólico, que no se necesitaban libaciones subsecuentes. Cuando pienso cómo, en la quietud de mi oficina, a veces Nippers se levantaba impaciente e inclinándose sobre la mesa extendía los brazos, agarraba el escritorio entero, y lo movía y sacudía contra el suelo, como si la mesa fuera un perverso agente con voluntad, con la intención de modificarlo, me doy perfecta cuenta de que para Nippers el brandy con agua era superfluo.

Afortunadamente para mí, gracias a su peculiar causa, la indigestión, la irritabilidad y el nerviosismo consecuente de Nippers se observaban principalmente en la mañana, mientras que en la tarde se portaba relativamente bien. Así que, como los paroxismos de Turkey solo sucedían después de las doce, nunca tuve que lidiar al tiempo las excentricidades de los dos. Sus ataques se relevaban uno al otro, como guardias; cuando Nippers estaba de guardia, Turkey estaba en descanso y viceversa. Dadas las circunstancias, este era un buen arreglo.

Ginger Nut, el tercero en el lista era un muchacho de aproximadamente doce años. Su padre conducía un carro, y quería ver a su hijo en un escritorio y no detrás de un carruaje antes de morir. Así que lo mandó a mi oficina como estudiante de leyes, mensajero, encargado de la limpieza, por un dólar a la semana. Tenía un

pequeño escritorio pero no lo usaba mucho. Al inspeccionarlo, el cajón mostraba un despliegue de cáscaras de varias clases de nueces. En efecto, para este joven de rápido ingenio, toda la noble ciencia del derecho cabía en una cáscara de nuez. Entre los oficios de Ginger Nut había uno que desempeñaba con mucha rapidez y era el de proveedor de pasteles y manzanas para Turkey y Nippers. Copiar documentos legales se conoce como un oficio árido y aburrido y mis dos escribientes gustaban de humedecer sus lenguas con helados que se encontraban en numerosos puestos cerca de la aduana y la oficina de correos. También mandaban con frecuencia a Ginger Nut por esa golosina peculiar, pequeña, plana, redonda y muy sabrosa, que se llama bizcocho de jengibre y que era el apodo del muchacho. En una mañana fría, cuando el trabajo era muy aburrido, Turkey devoraba cantidades de estos bizcochos, como si fueran galletas; de hecho los vendían a seis u ocho por un centavo y el ruido de su pluma se mezclaba con el ruido que hacía al masticar las crujientes partículas. Una vez en una de sus tardes erráticas y con acelerada precipitación, Turkey humedeció un bizcocho de jengibre con los labios y lo estampó en una hipoteca como sello. Estuve a punto de despedirlo. Pero me suavizó con una gran venia y dijo:

—Con permiso, señor, fue muy generoso de mi parte brindarle ese sello por mi propia cuenta.

Mi negocio original, de elaborador de transferencias y buscador de títulos, y redactor de documentos recónditos de toda clase, había aumentado considerablemente por el puesto de magistrado. Había mucho trabajo para los escribientes. No solo tenía que apurar a los empleados que ya tenía sino que necesitaba ayuda adicional.

En respuesta a un aviso, un joven muy quieto llegó una mañana al umbral de la oficina; la puerta estaba abierta porque era verano. Todavía puedo ver su figura: ¡pálidamente pulcro, lastimosamente respetable, incunablemente desolado! Era Bartleby.

Después de unas pocas palabras con respecto a sus calificaciones, lo contraté, contento de tener entre mi cuerpo de escribientes a un hombre de un aspecto tan tranquilo, lo cual pensé que sería benéfico para el airado genio de Turkey y el feroz genio de Nippers.

Debería haber dicho antes que unas puertas plegables dividían mis oficinas en dos partes, una de las cuales la ocupaban los escribientes y la otra yo. Según mi humor, abría las puertas o las cerraba. Resolví darle a Bartleby una esquina cerca de las puertas plegables pero de mi lado, para tener a este hombre callado cerca de mí en caso de que hubiera que hacer cualquier cosa. Puse su

escritorio cerca de una pequeña ventana lateral de esa parte de la habitación, una ventana que antes había tenido una vista lateral de ladrillos y ciertos patios traseros sucios, pero que debido a construcciones subsecuentes, en la actualidad no tenía vista ninguna aunque arrojaba alguna luz. A noventa centímetros de la ventana había una pared y la luz venía de muy arriba, entre dos grandes edificios, como si pasara por un pequeño orificio en una cúpula. Para que el arreglo fuera más satisfactorio conseguí un biombo verde que aislaba a Bartleby completamente de mi vista aunque no lo alejaba de mi voz. De esta manera, la privacidad y la compañía se unían.

Al principio Bartleby trabajó extraordinariamente. Como si estuviera hambriento de algo para copiar, parecía devorar mis documentos. No había pausa para la digestión. Escribía de día y de noche, con luz del sol o de las velas. Yo debía haber estado encantado de su aplicación si él trabajara con gusto. Pero escribía en silencio, pálido y de manera mecánica.

Una parte indispensable del oficio del escribiente es verificar la precisión de lo que se ha copiado palabra por palabra. Cuando hay dos o más escribientes en una oficina, se ayudan unos a otros en esta verificación, uno lee la copia y el otro tiene el original. Es un asunto muy aburrido, agotador y letárgico. Puedo imaginar-

me que para algunos temperamentos exaltados sería casi que intolerable. Por ejemplo, no puedo creer que el brioso poeta Byron se hubiera sentado con Bartleby a examinar un documento legal de, digamos, quinientas páginas escritas con letra apretada.

De vez en cuando, cuando estábamos apurados, tenía la costumbre de ayudar a cotejar algún breve documento yo mismo, llamando a Turkey o a Nippers. Uno de mis objetivos al sentar a Bartleby tan cerca de mí detrás del biombo, era hacer uso de sus servicios en tales ocasiones. Fue al tercer día, creo, de estar conmigo y antes de que hubiera ninguna necesidad de cotejar lo que él había copiado, que con mucho afán por completar un pequeño negocio que tenía entre manos, llamé de repente a Bartleby. En mi afán y expectativa natural de cumplimiento instantáneo, me senté con la cabeza inclinada sobre el original en mi escritorio y con la mano derecha nerviosamente extendida con la copia, para que tan pronto saliera de su retiro, Bartleby la agarrara y procediéramos a leer sin el menor retraso.

En esta actitud estaba sentado yo cuando lo llamé, diciéndole rápidamente para qué lo quería: para cotejar un pequeño documento conmigo. Imaginen mi sorpresa, no, mi consternación, cuando sin moverse de su

sitio, Bartleby con una voz singularmente suave y firme contestó:

–Preferiría no hacerlo.

Estuve un rato en perfecto silencio recuperando mis asombradas facultades. Inmediatamente se me ocurrió que mis oídos me habían engañado o que Bartleby no había entendido lo que yo quería decir. Repetí mi petición en el tono más claro posible; pero en un tono igualmente claro llegó la respuesta previa:

–Preferiría no hacerlo.

–Preferiría no hacerlo –repetí yo levantándome muy alterado y cruzando la habitación de una zancada–. ¿Qué quiere decir? ¿Está loco? Quiero que me ayude a cotejar esta hoja, tómela–. Y la lancé hacia él.

–Preferiría no hacerlo –dijo él.

Lo miré con atención. Su delgado rostro estaba compuesto; sus ojos grises, opacos y calmados. No había en él ni una señal de exaltación. Si hubiera habido la menor incomodidad, rabia, impaciencia o impertinencia en sus modales, en otras palabras, si hubiera habido cualquier cosa normalmente humana en él, no necesito decir que lo hubiera sacado con violencia de la oficina. Pero era como si pensara en sacar a la calle a mi pálido busto de yeso de Cicerón. Me quedé mirándolo un rato, mientras él seguía escribiendo y volví a sentarme en mi

escritorio. Es muy extraño, pensé. ¿Qué podía hacer? Pero mi caso me apuraba. Decidí olvidar el asunto por el momento y lo reservé para el futuro cuando estuviera desocupado. Así que llamé a Nippers de la oficina de al lado y cotejamos el documento con rapidez.

Unos días después de esto, Bartleby terminó cuatro largos documentos que eran cuadruplicados del testimonio de una semana que había recibido en el tribunal civil. Era necesario cotejarlos. Era un proceso importante y se necesitaba gran precisión. Después de arreglar todo, llamé a Turkey, Nippers y Ginger Nut pues quería poner las cuatro copias en manos de los cuatro empleados mientras yo leía el original. En consecuencia, Turkey, Nippers y Ginger Nut se habían sentado en fila, cada uno con su documento en la mano, cuando llamé a Bartleby para que se uniera a este interesante grupo.

–¡Bartleby!, rápido, estoy esperando.

Oí el sonido lento de las patas de su silla sobre el piso sin tapete y pronto apareció en la entrada de su ermita.

–¿Qué quiere? –dijo con suavidad.

–Las copias, las copias –dije yo apurado–. Vamos a cotejarlas. Tome –y le alcancé la cuarta copia.

–Preferiría no hacerlo –dijo y desapareció con cuidado detrás del biombo.

Por unos pocos momentos me convertí en una esta-

tua de sal, parado enfrente de la columna sentada de los empleados. Me recuperé y avancé hacia el biombo y le exigí la razón de tan extraordinaria conducta.

–¿Por qué se niega a usted?

–Preferiría no hacerlo.

Con cualquier otro hombre yo habría estallado con terrible fuerza, habría evitado más palabras y lo habría sacado ignominiosamente fuera de mi presencia. Pero había algo en Bartleby que no solo me desarmaba de extraña manera sino que de forma extraordinaria me tocaba y me desconcertaba. Empecé a tratar de hacerlo entrar en razón.

–Son sus propias copias las que vamos a cotejar. Eso le ahorra trabajo a usted porque un cotejamiento dará cuenta de las cuatro copias. Es lo que siempre se hace. Todo escribiente tiene que ayudar a cotejar lo que escribe, ¿no es cierto? ¿No hablará usted? ¡Conteste!

–Prefiero no hacerlo –replicó con un tono aflautado. Me pareció que mientras yo estaba hablando, él consideraba cuidadosamente cada afirmación que yo hacía, entendía perfectamente el significado, no podía contradecir la irresistible conclusión, pero al mismo tiempo alguna consideración mayor lo hacía contestar de ese modo.

– ¿Está decidido, entonces, a no acceder a mi petición,

una petición hecha de acuerdo con lo que se usa y con sentido común?

Brevemente me dio a entender que en ese punto mi juicio era sólido. Sí: su decisión era irreversible.

Suele suceder que, cuando un hombre es intimidado de una manera sin precedentes y terriblemente irracional, comienza a dudar de su juicio más elemental. Comienza a pensar vagamente que aunque parezca extraordinario, toda la justicia y toda la razón están del otro lado. Entonces, si está frente a personas desinteresadas, se vuelve hacia ellos en busca de refuerzos para su mente dudosa.

–Turkey –dije–, ¿qué piensa de esto? ¿No tengo razón?

–Con permiso, señor –dijo en su tono más suave–, pienso que sí la tiene.

–Nippers –dije–, ¿qué piensa usted de esto?

–Pienso que yo debería sacarlo a patadas.

(El lector perceptivo habrá notado que, siendo de mañana, la respuesta de Turkey está arropada en términos educados y tranquilos, pero Nippers contesta de mal genio. O para repetir algo que ya dije, el mal genio de Nippers estaba de guardia y el de Turkey se había retirado.)

–Ginger Nut –dije queriendo contar hasta con el más pequeño sufragio a mi favor–, ¿qué piensa usted de eso?

–Creo, señor, que él está un poquito loco –replicó con una sonrisa.

–Ya oye lo que dicen –dije yo volteándome hacia el biombo–, venga para acá y cumpla con su deber.

Pero él no contestó. Reflexioné un momento con perplejidad dolida. Pero una vez más el asunto era urgente. Determiné de nuevo posponer la consideración de este dilema para más adelante cuando no tuviera trabajo. Con algo de dificultad terminamos de confrontar las copias sin Bartleby, aunque a cada página o dos Turkey dejaba oír su opinión con respecto de que este proceder era muy raro; mientras que Nippers se revolvía en su asiento con nerviosismo dispéptico y dejaba salir por entre los dientes maldiciones ocasionales contra el patán terco que estaba detrás del biombo. En cuanto a él (Nippers), era la primera y última vez que haría el trabajo de otro hombre sin recibir un pago.

Mientras tanto Bartleby estaba en su ermita, despreocupado de todo lo que no fuera su ocupación particular.

Pasaron algunos días, el escribiente tuvo que ocuparse de otro trabajo extenso. Su notable conducta me obligaba a observarlo de cerca. Me di cuenta de que jamás salía a comer; mejor, no salía a ninguna parte. Hasta el momento nunca me había encontrado con él fuera de la

oficina. Era un centinela perpetuo en la esquina. A eso de las once de la mañana, sin embargo, me daba cuenta de que Ginger Nut avanzaba hacia el biombo de Bartleby como si lo hubiera llamado silenciosamente con un gesto invisible para mí desde mi asiento. El muchacho se iba de la oficina haciendo tintinear unas monedas y reaparecía con una manotada de bizcochos de jengibre que entregaba en la ermita y recibía dos de los bizcochos por su trabajo.

Vive entonces de bizcochos de jengibre, pensé, nunca come un almuerzo como tal, debe ser vegetariano; pero no, nunca come verduras, solo come bizcochos de jengibre. Mi cabeza empezó a imaginar los efectos probables en la constitución humana al vivir solamente de bizcochos de jengibre. Estos bizcochos se llaman así porque contienen jengibre como uno de sus componentes específicos, y el que les da sabor. Ahora bien, ¿qué es el jengibre? Algo picante y caliente. ¿Bartleby picante y caliente? De ninguna manera. El jengibre entonces no tenía efecto sobre Bartleby. Probablemente el prefería que no tuviera ninguno.

Nada molesta más a una persona impaciente que la resistencia pasiva. Si el individuo que enfrenta la resistencia no es de un temperamento inhumano, y si el que resiste es perfectamente inocuo en su pasividad, enton-

ces para tranquilizarse, el primero empezará a construir en su imaginación lo que no puede resolver por medio de la razón. Aun así, la mayoría del tiempo, yo miraba a Bartleby y sus modales. ¡Pobre tipo!, pensaba yo, no lo hace por malo; es claro que no quiere ser insolente, su aspecto prueba con suficiencia que sus excentricidades son involuntarias. Me es útil. Me llevo bien con él. Si lo despiden, es probable que caiga en manos de un jefe menos indulgente, que reciba malos tratos y quizás acabe muriendo de hambre en la miseria. Sí. Aquí puedo comprar barata una auto-aprobación deliciosa. Ser amigo de Bartleby, no contradecirlo en su extraña voluntad, me cuesta muy poco o nada, y así pongo en el alma lo que eventualmente será un dulce bocado para mi conciencia. Pero este pensamiento no era invariable en mí. La pasividad de Bartleby me irritaba a veces. Con extrañeza, me sentía agujijoneado a buscar en él nueva oposición; a provocar algunas chispas de furia. Pero, en verdad, mejor hubiera ensayado a prender fuego con mis nudillos sobre un pedazo de jabón de Windsor. Una tarde, sin embargo, el impulso maligno me dominó y se propició la siguiente escenita:

–Bartleby –dije–, cuando esos documentos estén copiados, los cotejaré con usted.

–Preferiría no hacerlo.

– ¿Cómo? ¿Va usted a persistir en ese capricho de mula?

Sin respuesta.

Abrió las puertas plegables y me dirigí a Turkey y a Nippers:

–Por segunda vez Bartleby dice que no cotejará sus documentos. ¿Qué piensa de esto, Turkey?

Era por la tarde, recuérdese eso. Turkey estaba sentado, brillante como una hervidora de cobre; de su cabeza calva salía vapor, sus manos se movían entre los manchados documentos.

–¿Qué pienso de eso? –rugió Turkey– ¡Pienso que voy a ir tras el biombo y le voy a poner los ojos negros!

Diciendo esto, se levantó y puso los brazos en posición pugilística. Ya se apresuraba a hacer lo que decía, cuando lo detuve alarmado por el efecto de estimular imprudentemente la combatividad de Turkey después del almuerzo.

–Siéntese, Turkey –le dije–, y oiga lo que Nippers tiene que decir. ¿Qué piensa de esto, Nippers? ¿No tendría yo razón si despidiera inmediatamente a Bartleby?

–Con perdón, eso lo debe decidir usted, señor. Pienso que su conducta es muy rara y de hecho injusta en lo que se refiere a Turkey y a mí mismo. Pero puede ser solo un capricho pasajero.

–¡Ah! –exclamé yo–. Entonces ha cambiado extrañamente de parecer, ahora habla usted muy gentilmente de él.

–¡La cerveza! –gritó Turkey–. La gentileza es efecto de la cerveza; Nippers y yo almorzamos juntos hoy. Ya ve usted qué gentil estoy, señor. ¿Voy y le pongo los ojos negros?

–Se refiere a Bartleby, supongo. No, hoy no –le contesté–. Por favor, guarde sus puños.

Cerré las puertas y avancé de nuevo hacia Bartleby. Sentí incentivos adicionales que me llevaban a mi destino. Quería que fuera rebelde otra vez. Recordé que Bartleby nunca dejaba la oficina.

–Bartleby –le dije–, Ginger Nut salió; vaya hasta la oficina de correos por favor (estaba a tres minutos a pie) y vea si me ha llegado algo.

–Preferiría no hacerlo.

– ¿No lo *hará*?

–*Prefiero* no.

Me tambaleé hasta mi escritorio y me senté allí en profunda reflexión. Mi ciega obstinación había vuelto. ¿Habría alguna otra forma en que yo lograra de nuevo que este flaco y miserable empleado, mi empleado, volviera a rechazarme ignominiosamente? ¿Qué otra cosa hay, que sea razonable, que con seguridad se niegue a hacer?

–¡Bartleby!

Sin respuesta.

–¡Bartleby! –con una voz más alta.

Sin respuesta.

–¡Bartleby! –vociferé.

Como un fantasma acorde con las leyes de la invocación mágica, a la tercera llamada apareció en la entrada de su ermita.

–Vaya a la oficina siguiente y dígame a Nippers que venga.

–Prefiero no hacerlo –dijo con respeto y lentitud, y humildemente desapareció.

–Muy bien, Bartleby –dije yo en un tono serenamente severo y afirmativo que anunciaba el propósito inalterable de alguna terrible retribución muy cercana. En ese momento casi intento hacer algo así. Pero al final, como se acercaba mi hora de cenar, pensé que era mejor ponerme mi sombrero y caminar a casa, con mucha perplejidad y asombro.

¿Debo reconocerlo? La conclusión de todo este asunto fue que pronto se convirtió en un hecho establecido que un joven y pálido escribiente de nombre Bartleby tenía un escritorio en mi oficina; que me hacía copias a la tarifa usual de cuatro centavos por página (100 palabras); pero que estaba permanentemente exento

de cotejar el trabajo hecho por él y que esa tarea se transfirió a Turkey y a Nippers sin duda porque tenían una agudeza superior; más aún, que el dicho Bartleby nunca, en ninguna circunstancia, haría ni la más trivial diligencia, y aun si se le pedía que hiciera algo así, se entendía generalmente que el “preferiría no hacerlo”: en otras palabras, que se rehusaría de plano.

Los días pasaron y me sentí más reconciliado con Bartleby. Su dedicación, su falta de cualquier disipación, su trabajo incesante (excepto cuando decidía elevarse en una ensoñación detrás de su biombo), su gran quietud, su porte inalterable bajo cualquier circunstancia, hacían de él una adquisición valiosa. Una cosa importante era que llegaba primero, *siempre estaba ahí*, a lo largo de todo el día, y era el último por la noche. Yo tenía una confianza especial en su honestidad. Sentía que mis documentos más preciosos estaban seguros en sus manos. Algunas veces, de verdad no podía evitar caer en una rabia espasmódica y súbita contra él. Porque era muy difícil tener en la cabeza todo el tiempo aquellas extrañas peculiaridades, privilegios y exenciones inauditas, que formaban las tácitas estipulaciones por parte de Bartleby para permanecer en mi oficina. De vez en cuando, en la ansiedad por despachar algún asunto urgente, llamaba a Bartleby sin darme cuenta, con un

tono rápido y breve para, por ejemplo, poner el dedo para atar un poco de cinta roja con la cual yo estaba empacando algunos papeles. Claro, por detrás del biombo la respuesta usual, “Prefiero no hacerlo”, llegaba rápidamente; y entonces, ¿cómo podía una criatura humana, con las deficiencias comunes de nuestra naturaleza, dejar de quejarse con amargura por tal perversión y falta de razón? Sin embargo, cada negativa de esta clase que yo recibía solo tendía a aminorar la probabilidad de que yo repitiera la inadvertencia.

Aquí debo decir que, de acuerdo con la costumbre de la mayoría de los abogados que ocupaban oficinas en edificios densamente poblados, había varias llaves de mi puerta. Una la guardaba una mujer que residía en el ático, y que limpiaba los pisos una vez por semana y barría y limpiaba el polvo a diario en mis oficinas. La otra la tenía Turkey por conveniencia. La tercera la llevaba a veces en mi bolsillo. No sabía quién tenía la cuarta.

Ahora bien, una mañana de domingo en que yo iba hacia la iglesia de la Trinidad para oír a un célebre predicador, y como tenía bastante tiempo, pensé que iría a la oficina por un rato. Por suerte tenía la llave, pero cuando la puse en la cerradura, se atrancó con algo insertado desde dentro. Muy sorprendido, llamé, cuando para mi consternación una llave dio la vuelta

desde adentro y, avanzando su delgado rostro hacia mí y con la puerta abierta de par en par, apareció Bartleby en mangas de camisa y con una bata de levantarse hecha jirones y dijo suavemente que lo sentía, pero que estaba muy ocupado en ese momento y que prefería no admitirme. En pocas palabras, añadió que quizá yo podía dar la vuelta a la manzana dos o tres veces y que para entonces probablemente él habría concluido sus asuntos.

La aparición por completo inesperada de Bartleby en mi oficina una mañana de domingo, con su indiferencia cadavérica y caballeresca, y al mismo tiempo firme y confiada, tuvo tan extraño efecto en mí que me fui de mi propia puerta e hice lo que me dijo. Pero no sin varias punzadas de rebelión impotente contra el suave atrevimiento de este inexplicable escribiente. En efecto, era su asombrosa suavidad lo que no solo me desarmaba, sino que me acobardaba. Porque considero que uno está acobardado cuando permite tranquilamente que su empleado le ordene y le exija que se vaya de sus propias oficinas. Más aun, me sentía muy incómodo al pensar qué estaba haciendo Bartleby en mi oficina en mangas de camisa, y en una condición tan desarreglada una mañana de domingo. ¿Estaba pasando algo malo? No, ni pensar en eso. No se puede pensar ni por un momen-

to que Bartleby fuera una persona inmoral. Pero, ¿qué podía estar haciendo ahí? ¿Copiando? De nuevo no, fueran las que fueran sus excentricidades. Bartleby era una persona eminentemente decorosa. Nunca se sentaría en su escritorio en un estado cercano a la desnudez. Además era domingo; y había algo en Bartleby que impedía suponer que él violara las propiedades del día con alguna ocupación profana.

Sin embargo, no estaba calmado, y lleno de curiosidad inquieta volví a la puerta. Sin impedimento inserté la llave, abrí y entré. Bartleby no estaba. Miré alrededor ansiosamente, me asomé detrás del biombo, pero era claro que se había ido. Después de examinar el lugar con más cuidado, me di cuenta de que por un periodo indefinido Bartleby debía haberse vestido, haber comido y dormido en mi oficina y eso sin plato, espejo ni cama. El cojín acolchonado de un viejo sofá en una esquina tenía la vaga marca de una forma delgada y reclinada. Enrollada debajo de su escritorio encontré una cobija; en la chimenea vacía, una caja de embolar y un cepillo; sobre la silla, una vasija de aluminio, con jabón y una toalla rasgada; en un periódico unas pocas boronas de bizcochos de jengibre y un pedazo de queso. Sí, pensé, es evidente que Bartleby ha estado viviendo aquí, ha abierto aquí un piso de soltero. Inmediatamen-

te un pensamiento me atravesó: ¡Qué miserable falta de amigos y qué aislamiento! ¡Su pobreza es grande, pero su soledad terrible! Piensen en eso. En un domingo, Wall Street está desierta como Petra y cada noche de todos los días está vacía. También este edificio que en los días de semana vibra con trabajo y vida, por la noche hace eco al vacío total y el domingo está abandonado. ¡Y aquí hace Bartleby su hogar, espectador único de una soledad que él ha visto muy poblada: una especie de inocente y transformado Mario meditando entre las ruinas de Cartago!

Por primera vez en mi vida me sobrecogió un sentimiento de aguda y poderosa melancolía. Antes, solo había sentido tristezas no del todo desagradables. El vínculo con la humanidad común me arrastraba ahora de manera irresistible al abatimiento. ¡Una melancolía fraterna! Porque tanto yo como Bartleby éramos hijos de Adán. Me acordé de las sedas brillantes y de los rostros radiantes que había visto ese día, en vestidos de gala que navegaban como cisnes por el Mississippi de Broadway, y los comparé con el pálido escritor y pensé: ¡Ah! La felicidad corteja la luz, así que pensamos que el mundo es feliz, pero la miseria se esconde apartada, así que pensamos que no existe. Estos pensamientos tristes, quimeras sin duda de un cerebro tonto

y enfermo, me llevaron a más pensamientos especiales respecto de la excentricidad de Bartleby. Me rondaban presentimientos de raros hallazgos. La pálida figura del escribiente se me aparecía acostada, entre extraños despreocupados, en su mortaja helada.

De repente me sentí atraído por el escritorio cerrado de Bartleby, que tenía la llave a la vista en la cerradura.

Sin ninguna malicia y sin querer gratificar una curiosidad despiadada pensé: Además el escritorio es mío y lo que contiene también, así que voy a atreverme a mirar qué hay dentro. Todo estaba arreglado metódicamente, los papeles colocados en orden. Los casilleros eran profundos y quitando los legajos de documentos, esculqué en el fondo. Pronto sentí algo y lo saqué. Era un viejo pañuelo, pesado y anudado. Lo abrí y vi que era un banco de ahorros.

Me acordé de los callados misterios que había notado en el hombre. Recordé que nunca hablaba sino para contestar; que aunque a intervalos tenía bastante tiempo libre, nunca lo había visto leer, no, ni siquiera un periódico; que durante largos ratos se paraba a mirar hacia afuera, por su ventana detrás del biombo, que daba sobre la pared muerta de ladrillo. Estaba seguro de que él nunca había ido a ninguna cafetería ni restaurante, y su pálida tez indicaba que nunca tomaba cerveza

como Turkey, ni siquiera té ni café, como los otros; que nunca iba a ninguna parte, que yo supiera; que nunca salía a caminar a menos, claro, que éste fuera el caso; que no me había dicho quién era, ni de dónde venía, ni si tenía parientes en el mundo; que aunque fuera tan delgado y pálido, nunca se quejaba de ninguna enfermedad. Y más que todo recuerdo un cierto aire inconsciente de, ¿cómo llamarlo?, altivez fría o, más bien, una reserva austera que me había sorprendido hasta el punto de hacerles caso a sus excentricidades y temer pedirle que hiciera algo aunque yo supiera, por su larga inmovilidad, que detrás del biombo él debía estar parado en una de esas ensoñaciones de la pared muerta.

Pensando en todas estas cosas y uniéndolas con el reciente descubrimiento de que había hecho de mi oficina su lugar de habitación, y sin olvidar su mórbido temperamento, pensando en estas cosas, un sentimiento de prudencia empezó apoderarse de mí. Mis primeros sentimientos habían sido de melancolía y piedad sinceras; pero así como la lejanía de Bartleby crecía y crecía en mi imaginación, esa melancolía se convirtió en miedo, esa piedad en repulsión. Así es en verdad, y es terrible, que hasta cierto punto los pensamientos o la vista de la miseria atrae nuestros mejores sentimientos; pero en algunos casos no lo hace más allá de ese punto. Están

equivocados los que afirman que invariablemente se debe al egoísmo inherente del corazón humano. Procede de una cierta desesperanza de remediar una enfermedad excesiva y orgánica. Para una persona sensible, la piedad con frecuencia es dolorosa. Y cuando al fin se percibe que tal piedad no conduce a un socorro efectivo, el sentido común le ordena al alma olvidarse. Lo que vi esa mañana me persuadió de que el escribiente era víctima de un desorden innato e incurable. Yo podría ser caritativo con su cuerpo, pero no era el cuerpo el que le dolía; era su alma la que sufría, y esa yo no la podía alcanzar.

No cumplí el propósito de ir a la Trinidad esa mañana. De alguna manera las cosas que había visto me impedían ir a la iglesia. Caminé hacia la casa pensando qué haría con Bartleby. Al final, resolví lo siguiente: le haría unas preguntas calmadas la mañana siguiente respecto de su historia, etc., y si él no contestaba abiertamente y sin reservas (y yo suponía que preferiría no), entonces le daría un billete de veinte dólares además de todo lo que le debiera y le diría que ya no requería de sus servicios, pero que si podía ayudarlo de cualquier otra manera lo haría con alegría, especialmente si él deseaba volver a su lugar de origen, donde quiera que fuera, yo ayudaría con gusto a pagar los gastos.

Más aun, sí después de llegar a casa necesitaba ayuda

en cualquier momento, yo siempre contestaría una carta suya.

Llegó la mañana siguiente.

–Bartleby –dije, llamando suavemente por detrás del biombo.

Sin respuesta.

–Bartleby –le dije en un tono más suave–, venga acá: no le voy a pedir que haga nada que usted preferiría no hacer, simplemente quiero hablar con usted.

Con esto se hizo presente sin ningún ruido.

–¿Me puede decir, Bartleby, en dónde nació usted?

–Preferiría no hacerlo.

–¿Me puede decir *cualquier cosa* sobre usted?

–Preferiría no hacerlo.

–¿Pero por qué se opone a hablar conmigo? Yo siento amistad hacia usted.

No me miraba mientras yo hablaba, su mirada estaba fija sobre el busto de Cicerón, el cual estaba detrás de mí, quince centímetros arriba de mi cabeza.

–¿Qué me contesta, Bartleby? –dije después de esperar una respuesta durante un tiempo considerable en el cual su rostro permaneció inamovible, con excepción de un muy leve temblor en la boca blanca.

–Por ahora prefiero no contestar –dijo y se retiró a su ermita.

Con algo de debilidad de mi parte, lo confieso, en esta ocasión sus modales me molestaron. No solamente parecía merodear en ellos cierto desdén calmado, sino que me parecía perversa su ingratitud, considerando el buen trato y la indulgencia que había recibido de mí.

De nuevo me senté a pensar sobre lo que debía hacer. Mortificado como estaba por su comportamiento y resuelto a despedirlo cuando entré a mi oficina, no obstante sentía algo supersticioso que me golpeaba el corazón y me prohibía llevar a cabo tal propósito y me denunciaba como un villano si me atrevía a decir una palabra amarga contra el más solitario de la humanidad. Llevé mi silla con familiaridad detrás de su biombo, me senté y dije:

–Bartleby, no importa entonces si no quiere revelar su historia; pero déjeme rogarle como amigo que cumpla al máximo con las costumbres de esta oficina. Digamos que usted ayuda a confrontar documentos mañana o al día siguiente: en breve, digamos que en un día o dos usted empezará a ser un poco más razonable, dígalo, Bartleby.

–Por ahora preferiría no ser un poco más razonable –fue su respuesta suave y cadavérica.

Entonces se abrieron las puertas plegables y se acercó Nippers. Parecía haber pasado una noche especialmente

mala, inducida por una indigestión más severa de lo común. Había oído las palabras finales de Bartleby.

–¿Prefiere no serlo, eh? –masculló Nippers–. Yo *prefiero* que él, si yo fuera usted, señor –dirigiéndose a mí–, ¡ya le daría yo preferencias a esta mula terca! Por favor, señor, ¿qué es lo que él *prefiere* no hacer ahora?

Bartleby no movió ni un brazo.

–Señor Nippers –dije yo–, preferiría que se retirara por ahora.

De alguna manera, en los últimos días había adquirido la costumbre de usar involuntariamente esta palabra “prefiero” en toda clase de ocasiones aunque no fuera la más adecuada. Y temblaba de pensar que mi contacto con el escribiente me hubiera afectado la mente tan pronto y con tanta seriedad. ¿Qué otra aberración más profunda podría producir? Esta preocupación fue eficaz para determinarme a tomar medidas definitivas.

Cuando, muy amargado y enfurruñado, salía Nippers, Turkey se acercó con deferencia y suavidad.

–Con permiso, señor –dijo–, ayer estaba pensando sobre Bartleby y creo que si él prefiriera tomarse dos vasos de buena cerveza todos los días, eso le ayudaría mucho a mejorarse y lo capacitaría para ayudar a cotejar sus documentos.

–Así que también usted usa la palabra –dije yo, algo alterado.

–Con permiso, ¿qué palabra, señor? –preguntó Turkey, entrando con respeto en el pequeño espacio detrás del biombo y haciendo que yo empujara al escribiente–. ¿Qué palabra, señor?

–Preferiría que me dejaran solo –dijo Bartleby como si se hubiera ofendido por la ocupación de su privacidad.

–Esa es la palabra, Turkey –dije–, esa es.

– ¿*Preferiría*? Ah, sí, extraña palabra. Nunca la uso. Pero, señor, como estaba diciendo, si él prefiriera...

–Turkey –interrumpí–, retírese por favor.

–Ciertamente, señor, si usted prefiere que lo haga.

Al abrir Turkey la puerta plegable para retirarse, Nippers me vio desde su asiento y me preguntó si preferiría que cierto documento lo copiara en papel blanco o azul. No acentuó con intención la palabra *preferiría*. Era claro que involuntariamente se le había salido. Pensé para mí: Tengo que librarme de este demente, que ya ha alterado las lenguas, si no las cabezas, mía y de los empleados. Pero pensé que era prudente no comunicar la despedida en el momento.

Al siguiente día, noté que Bartleby no hizo nada más que estar parado en su ensoñación de la pared muerta.

Cuando le pregunté por qué no escribía, dijo que había decidido no escribir más.

–¿Cómo, por qué? ¿Y ahora qué? –exclamé yo–. ¿No escribir más?

–No más.

–¿Y cuál es la razón?

–¿No ve usted mismo la razón? –contestó indiferente.

Lo miré con fijeza y percibí que sus ojos se veían opacos y vidriosos. De inmediato se me ocurrió que su diligencia ejemplar para copiar con la poca luz de su ventana durante las primeras semanas de su estadía en mi oficina podía haber dañado temporalmente su visión.

Me conmoví. Le dije algo de condolencia. Sugerí que claro que era sabio abstenerse de escribir por un tiempo y lo incité a aprovechar esa oportunidad para hacer algún ejercicio sano al aire libre. Sin embargo, no lo hizo. Pocos días después, estando ausentes mis otros empleados, y estando yo en gran apuro por despachar ciertas cartas en el correo, pensé que, no teniendo nada más que hacer, Bartleby sería menos inflexible que de costumbre y llevaría estas cartas. Pero se negó con decisión. Así que aunque era muy inconveniente para mí tuve que ir.

Otros días pasaron. Si los ojos de Bartleby mejoraban

o no, no lo podría decir. Parecía que sí. Pero cuando le pregunté no respondió. En todo caso, él no copiaba. Al final, en respuesta a mis reclamos, me informó que había desistido de copiar para siempre.

– ¿Qué? –exclamé yo–. Suponga que sus ojos se mejoran del todo, mejor que antes, ¿tampoco va a escribir entonces?

–He dejado de copiar –contestó y se deslizó a su lado.

Se quedó como siempre; un mueble de la oficina. No, si fuera posible, se volvió más mueble que antes. ¿Qué se podía hacer? No hacía nada en la oficina, ¿entonces por qué se quedaba? En verdad, se había convertido en una piedra de molino para mí, no solo inútil como collar, sino dolorosa de aguantar. Y sin embargo yo sentía lástima por él. No digo la verdad cuando afirmo que, por sí solo, me ocasionaba incomodidad. Si me hubiera dado el nombre de un solo pariente o amigo, al instante le habría escrito para que se llevaran al pobre hombre a un retiro conveniente. Pero parecía solo, absolutamente solo en el universo. Como un naufrago en la mitad del Atlántico. Al final, las necesidades de mi negocio mandaban sobre todas las otras consideraciones. Tan decentemente como pude, le dije a Bartleby que en seis días él debía dejar la oficina. Le advertí que tomara medidas mientras tanto para conseguir otro lugar de

habitación. Le ofrecí ayudarlo en esta tarea si él daba el primer paso hacia la salida.

–Y cuando finalmente me deje, Bartleby –añadí–, me ocuparé de que no se vaya totalmente desprovisto. Seis días a partir de ahora, recuerde.

Cuando expiró ese lapso, miré detrás del biombo y allí estaba Bartleby.

Me abotoné la chaqueta, me equilibré, avancé lentamente hacia él, le toqué el hombro y dije:

–Ha llegado el momento, usted debe irse de este lugar; lo lamento, tome este dinero, pero usted debe irse.

–Preferiría no hacerlo –contestó con la espalda vuelta hacia mí.

–*Debe* hacerlo.

Se mantuvo en silencio.

Yo tenía una confianza ilimitada en la honestidad de este hombre. Frecuentemente me había devuelto monedas que se habían caído al suelo, porque soy muy descuidado en asuntos de botones y camisas. Lo que siguió entonces no parecerá extraordinario.

–Bartleby –le dije–, le debo doce dólares; aquí hay treinta y dos; los otros veinte son suyos, ¿los tomará? –y alargué los billetes hacia él.

Pero no se movió.

–Los dejaré aquí entonces –y los puse bajo un pisapa-

peles en el escritorio. Después tomé mi sombrero y mi bastón y me dirigí a la puerta desde donde di vuelta con tranquilidad y añadí:

–Después de que haya sacado sus cosas de esta oficina, Bartleby, cierre la puerta, por favor, ya que todo el mundo ha salido y deslice su llave por debajo del tapete para que yo la encuentre por la mañana. No lo veré más; adiós. Si después, en su nuevo lugar de habitación, puedo servirle en algo no dude en avisarme por carta. Adiós, Bartleby, que le vaya bien.

Pero no contestó ni una palabra; como la última columna de algún templo en ruinas, se mantuvo de pie y solitario en la mitad de la habitación desierta.

Mientras caminaba a casa pensativo, la vanidad le ganó a la piedad. No podía sino felicitarme por el manejo magistral para librarme de Bartleby. Magistral lo llamo, y así debe parecer a cualquier observador desapasionado. La belleza del procedimiento parecía consistir en su perfecta tranquilidad. No hubo una intimidación vulgar, ni bravata de ninguna naturaleza, ni acoso verbal colérico ni zancadas a lo largo de la oficina, lanzando órdenes vehementes para que Bartleby se fuera con sus pertenencias de mendigo. Nada por el estilo. Sin haber despedido con escándalo a Bartleby, como alguien inferior lo hubiera hecho, supuse que

debía partir y sobre esta suposición construí todo lo que dije. Entre más pensaba en mi conducta, más me encantaba. Sin embargo, a la mañana siguiente cuando me levanté, tenía mis dudas: al dormir se habían disipado los humos de la vanidad. Uno de los momentos más tranquilos y sabios que tiene un hombre es cuando se despierta por la mañana. Mi conducta parecía sagaz como siempre, pero solo en teoría. Cómo resultaría en la práctica, ahí estaba el punto. De verdad era un bello pensamiento suponer que Bartleby se había ido. Pero después de todo, la suposición era mía y no de él. La cuestión no era si yo había supuesto que él se iría, sino si él preferiría hacerlo. Era un hombre de preferencias más que de suposiciones.

Después del desayuno, fui hasta el centro sopesando las probabilidades en pro y en contra. Por un momento pensaba que fracasaría miserablemente y Bartleby estaría vivito y coleando en mi oficina como siempre; luego parecía cierto que encontraría su silla vacía. Y así seguí dando vueltas. En la esquina de Broadway y Canal Street, vi a un grupo exaltado de gente que conversaba con impaciencia.

- Apuesto a que no -dijo una voz cuando yo pasaba.
 - ¿A que no se va? Apuesto -dije yo-, saque su dinero.
- Instintivamente eché la mano al bolsillo para sacar

mi dinero, cuando me acordé de que era día de elecciones. Las palabras que había oído no guardaban relación con Bartleby sino con el éxito o fracaso de algún candidato a la alcaldía. Con mis ideas fijas, yo imaginaba que todo Broadway compartía mi agitación y debatía la misma cuestión. Seguí, agradecido de que el ruido de la calle tapara mi momentánea distracción.

Tal como quería, llegué más temprano que de costumbre a la puerta de la oficina. Me detuve a escuchar un momento. Todo estaba callado. Debía haberse ido. Traté de abrir la cerradura. La puerta estaba con llave. Sí, mi conducta había sido estúpida: él había desaparecido. No obstante, sentía cierta melancolía, casi estaba triste por mi brillante éxito. Estaba buscando la llave debajo del tapete que Bartleby debía haberme dejado cuando mi rodilla chocó contra la puerta y en respuesta al golpe llegó una voz desde adentro:

—Todavía no; estoy ocupado.

Era Bartleby.

Quedé fulminado. Por algunos instantes estuve como el hombre que, la pipa en la boca, había sido alcanzado por un rayo en una tarde despejada de verano en Virginia; había muerto en su propia ventana y había quedado ahí asomándose a esa tarde soñada hasta que alguien lo tocó y él cayó.

–No se ha ido –murmuré al fin. Pero obedeciendo de nuevo a esa enorme ascendencia que el inescrutable escribano tenía sobre mí y de la cual por más que hiciera no podía escapar, bajé despacio las escaleras para dar la vuelta a la manzana pensando qué debía hacer ahora ante esta inaudita perplejidad. Sacar al hombre a golpes no podía; expulsarlo con insultos no serviría; llamar a la policía no era una idea placentera; y sin embargo, permitirle gozar de su triunfo cadavérico sobre mí, esto tampoco se podía. ¿Qué debía hacer? O si nada se podía hacer, ¿había algo más que yo pudiera *suponer* en este asunto? Sí, así como antes había supuesto que Bartleby se iría, ahora podía suponer en retrospectiva que ya se había ido. Con esta suposición legítima yo podría haber entrado a la oficina con gran apuro y pretendiendo que no veía a Bartleby caminaría contra él como si no estuviera ahí. Tal conducta tendría la apariencia singular de un lanzamiento. No era posible que Bartleby pudiera resistirse a una aplicación tal de la doctrina de las suposiciones. Pero después de pensarlo otra vez, el éxito del plan parecía dudoso. Resolví discutir el asunto con él de nuevo.

–Bartleby –dije al entrar a mi oficina, con una expresión muy severa–, estoy seriamente disgustado. Estoy dolido, Bartleby. Yo pensaba mejor de usted. Yo lo había

imaginado con una disposición tan caballerosa que en un dilema delicado hubiera bastado una pista, en breve, una suposición, pero parece que me engañaba. ¡Cómo! –añadí en verdad sobresaltado–, ni siquiera ha tocado el dinero –mostrando con el dedo el lugar donde lo había dejado la tarde anterior.

No contestó.

–¿Se va a ir o no? –le pregunté con súbita rabia, avanzando hacia él.

–Preferiría *no* irme –contestó haciendo énfasis en el no.

–¿Qué le da derecho a quedarse aquí? ¿Paga algún arriendo? ¿Paga usted mis impuestos? ¿O es que esta propiedad es suya?

No contestó.

–¿Está dispuesto a seguir escribiendo ahora? ¿Sus ojos están mejor? ¿Podría copiar un pequeño documento esta mañana? ¿O ayudarme a cotejar algunas líneas? ¿O ir hasta la oficina de correos? En una palabra, ¿hará lo que sea necesario para apoyar su negativa a irse de la oficina?

Silenciosamente se retiró a su ermita.

Estaba en tal estado de resentimiento nervioso que pensé que era prudente abstenerme de más demostraciones. Bartleby y yo estábamos solos. Me acordé de la

tragedia del infortunado Adams y del más infortunado Colt en la oficina solitaria de este último; y de cómo el pobre Colt, habiendo recibido grandes injurias por parte de Adams, y permitiéndose imprudentemente una alteración salvaje, se precipitó a un acto fatal: un acto que ciertamente ningún hombre podría deplorar más que el actor mismo. Con frecuencia se me ha ocurrido, en las reflexiones sobre el tema, que si ese altercado hubiera tenido lugar en la calle o en una casa privada no habría terminado como terminó. Era la circunstancia de estar solo en una oficina vacía en la parte de arriba de un edificio que no tenía ninguna asociación doméstica humanizante, una oficina sin tapete con una apariencia sucia y descuidada, lo que debió haber contribuido a aumentar la desesperación irritable del pobre Colt.

Pero cuando el resentimiento de Adams surgió en mí y me tentó contra Bartleby, luché contra él y lo vencí. ¿Como? Bueno, simplemente con recordar la orden divina: “Un nuevo mandamiento os doy: amaos los unos a los otros”. Sí, esto fue lo que me salvó. Aparte de consideraciones más altas, la caridad a menudo opera como un principio prudente y sabio: como una gran seguridad para quien la posee. Los hombres han cometido asesinato por celos y por rabia y por odio y por egoísmo y por orgullo espiritual, pero ningún hombre del que

yo haya oído ha cometido un asesinato diabólico por caridad. El mero interés propio entonces, si no se puede nombrar ningún motivo mejor, debería, especialmente con hombres de mal genio, incitar a todos los seres a la caridad y a la filantropía. De cualquier modo, en la ocasión a la que me refiero, traté de ahogar mis sentimientos exasperados hacia el escribiente mediante la reconstrucción benévola de su conducta. ¡Pobre tipo, pobre tipo!, pensaba yo. No quiere hacer mal y además ha vivido tiempos difíciles y debe ser perdonado.

Me hice cargo, entonces, de contenerme y al mismo tiempo de aliviar mi desconsuelo. Traté de imaginarme que en el curso de la mañana, a la hora que él quisiera, Bartleby saldría de su ermita por su propia voluntad y caminaría decididamente hacia la puerta. Pero no. Llegó el mediodía; la cara de Turkey comenzó a brillar y él a volcar su tintero y a volverse insoportable; Nippers se calmó con quietud y cortesía; Ginger Nut masticaba su manzana del mediodía, y Bartleby continuaba parado en la ventana en una de sus más profundas ensoñaciones de pared muerta. ¿Debía darme por enterado? ¿Debería reconocerlo? Esa tarde salí de la oficina sin decirle una palabra más.

Pasaron algunos días en los cuales a intervalos prudentes eché una mirada al libro de Edwards, *Sobre la*

voluntad y al de Priestley, *Sobre la necesidad*. Dadas las circunstancias, estos libros proporcionaban un sentimiento saludable. Gradualmente me convencí de que mis problemas con el escribiente habían sido predestinados desde la eternidad y de que Bartleby había sido puesto en mi camino por algún propósito misterioso de la sabia providencia, que no puede ser cuestionada por ningún mísero mortal. Sí, Bartleby, quédese tras su biombo, pensé. No lo voy a perseguir más: usted es inocuo y callado como cualquiera de estas sillas viejas: de hecho, nunca me siento tan en privado como cuando sé que está ahí. Al fin lo veo, lo siento: penetré en el propósito predestinado de mi vida. Estoy contento. Otros harán actos más hermosos, pero mi misión en este mundo es proveerlo del espacio de su oficina por tanto tiempo como usted quiera.

Creo que yo hubiera continuado con este pensamiento sabio y bendito si no hubiera sido por las afirmaciones poco caritativas y no solicitadas que me hacían mis amigos profesionales cuando visitaban las oficinas. Pero con frecuencia la fricción constante de las mentes no liberales anulan las mejores resoluciones de los más generosos. Aunque, a decir verdad, no me parecía extraño que la gente que entraba a mi oficina se quedara sorprendida por el peculiar aspecto del imprevisible

Bartleby y por eso se vieran tentados a hacer algunas observaciones siniestras sobre él. A veces un abogado con el que tenía negocios llegaba a mi oficina y si solamente encontraba al escribiente, trataba de obtener alguna clase de información sobre dónde me hallaba; pero sin oír lo que decía, Bartleby se quedaba parado e inmóvil en la mitad del cuarto. Así que después de contemplarlo en esa posición por algún tiempo, el abogado tenía que irse sin la información.

O también, cuando se llevaba a cabo una audiencia y la habitación estaba llena de abogados y testigos que trabajaban a toda prisa, algún abogado ahí presente y muy ocupado, viendo que Bartleby no hacía nada, le pedía que fuera hasta su oficina (la del abogado) y le trajera algunos documentos. Bartleby se negaba con tranquilidad y seguía desocupado como antes. El abogado me miraba asombrado. ¿Y yo qué podía decir? Al final me di cuenta de que en todo el círculo de mis conocidos profesionales corría un susurro de asombro respecto de la extraña criatura que yo albergaba en mi oficina. Eso me preocupó mucho. Y como se me ocurrió la idea de que posiblemente sería un hombre longevo y continuaría ocupando la oficina y negando mi autoridad, asombrando a mis visitantes, escandalizando mi reputación profesional, y proyectando un

ambiente sombrío en la oficina, manteniéndose con sus ahorros (porque sin duda bastaban solo cinco centavos al día), y viviendo más que yo y tomando posesión de mi oficina por derecho de su ocupación perpetua – todos estos pensamientos me asaltaron más y más, y mis amigos seguían haciendo sus implacables observaciones sobre este fantasma de mi oficina– al final se operó en mí un gran cambio. Y resolví reunir todas mis facultades y librarme para siempre de este intolerable íncubo.

Antes de emprender cualquier proyecto complicado, sin embargo, le sugerí simplemente a Bartleby que debía irse para siempre. En un tono serio y calmado puse la idea a su consideración cuidadosa y madura. Pero tras tres días de meditación, me comunicó que su determinación original continuaba igual, que todavía prefería quedarse conmigo.

¿Qué hago?, me decía a mí mismo mientras me abotonaba la chaqueta. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué debo hacer? ¿Qué dice mi conciencia que *debo* hacer con este hombre, o mejor, fantasma? Debo librarme de él; tendrá que irse. ¿Pero cómo? No vas a sacar a la fuerza a este pálido, pobre y pasivo mortal; no vas a tirar a la calle a esta criatura tan desvalida. No, no lo haré, no puedo hacer eso. Antes lo dejaría vivir y morir ahí y luego em-

paredaría sus restos. ¿Entonces qué vas a hacer? Aunque lo incites, él no se mueve. Deja los sobornos bajo tu propio pisapapeles en tu propio escritorio; en breve, es muy claro que prefiere aferrarse a ti.

Entonces habrá que hacer algo serio, fuera de lo común. Pero con seguridad no vas a hacer que un policía se lo lleve a la fuerza y arroje en la cárcel su inocente palidez. ¿Qué podía alegarse para solicitar tal cosa? Un vago, ¿no es cierto? ¿Qué? ¿Él un vago, un andariego, él que se niega a moverse? Es precisamente porque *no* es un vago que buscas tratarlo como un vago. Esto es muy absurdo. Sin medios de subsistencia: ahí lo tengo. Equivocado de nuevo: porque sin duda él se *mantiene* a sí mismo y esa es la única prueba incontestable que cualquier hombre puede ofrecer de que posee los medios para hacerlo. No más, entonces. Si él no se va, yo me voy. Cambiaré mis oficinas: me iré a otra parte, y le haré saber que si lo encuentro en las nuevas oficinas procederé contra él como contra un intruso común.

Para actuar en consecuencia, al día siguiente le dije:

—Estas oficinas están muy lejos de la Municipalidad, el aire no es sano. En una palabra, me propongo cambiar de oficina la semana siguiente y no voy a requerir más de sus servicios. Le digo esto ahora para que pueda buscar otro lugar.

No contestó y no se dijo nada más.

El día señalado contraté hombres y carros, fui a mi oficina y como tenía pocos muebles se pudo sacar todo en unas pocas horas. Durante todo este tiempo el escribiente se quedó parado detrás del biombo que ordené sacar de último. Fue retirado y doblado como una inmensa hoja y él quedó inmóvil ocupando una habitación vacía. Me paré en la entrada y lo miré por un momento mientras algo dentro de mí me censuraba.

Entré otra vez, con la mano en el bolsillo y el corazón en la boca.

–Adiós, Bartleby, me voy, adiós; y que Dios lo bendiga de alguna manera, y tome esto –y puse algo en su mano. Pero cayó al suelo, y entonces, extraño decirlo, me aparté con dolor de quien había querido librarme por tanto tiempo.

Establecido en mis nuevas oficinas, durante un día o dos mantuve la puerta cerrada y me sobresaltaba con cada paso en los corredores. Cuando volvía después de cualquier pequeña ausencia hacía una pausa en el umbral y escuchaba atentamente antes de usar la llave. Pero estos miedos eran innecesarios. Bartleby nunca se acercó.

Pensé que todo iba bien, cuando un extraño de apariencia perturbada me visitó y me pregunto si yo era la

persona que había ocupado recientemente las oficinas en el número_ de Wall Street.

Lleno de presentimientos, le dije que así era.

–Entonces, señor –dijo el extraño que resultó ser un abogado–, usted es responsable por el hombre que dejó allá. Se niega a copiar, se niega a hacer nada, dice que prefiere no hacerlo y se niega a irse de la oficina.

–Lo siento mucho, señor –dije con una supuesta tranquilidad pero con un temblor interno–, pero realmente el hombre al que usted alude no es nada mío: no es ni mi pariente ni mi aprendiz para que usted me haga responsable de él.

–Por caridad, ¿quién es?

–No le puedo decir. No sé nada sobre él. Anteriormente lo empleé como escribiente pero no ha trabajado para mí por algún tiempo.

–Entonces yo me las arreglaré; buen día, señor.

Pasaron varios días y no oí nada más, y aunque a veces sentía un impulso caritativo de ir hasta el lugar y ver al pobre Bartleby, cierto asco de yo no se qué me lo impidió.

Ahora ya se acabó todo, pensé cuando transcurrida otra semana no volví a recibir mensaje. Pero al llegar a la oficina al día siguiente encontré a varias personas en mi puerta en un estado de alta excitación nerviosa.

–¡Ese es el hombre, ahí viene! –gritó el que estaba más adelante a quien yo reconocí como el abogado que anteriormente me había visitado solo.

–¡Debe llevárselo, señor, cuanto antes! –gritó avanzando hacia mí una persona voluminosa a la que reconocí como el propietario del número _ de Wall Street–. Estos caballeros, mis arrendatarios, ya no lo soportan; el señor B. –apuntó hacia el abogado– lo ha sacado de la oficina pero ahora persiste en rondar el edificio y se sienta en el pasamanos de la escalera de día y duerme en la entrada por la noche. Todo el mundo está preocupado. Los clientes están dejando las oficinas, incluso hay amenaza de un motín; debe hacer algo sin ninguna demora.

Aterrado ante este torrente, retrocedí y hubiera querido encerrarme en mis nuevas oficinas. En vano aseguré que Bartleby no era nada mío, no más que de todo el mundo. En vano, yo fui la última persona que tuvo que ver con él y todos me consideraban responsable del terrible asunto. Temeroso entonces de ser expuesto en los periódicos (como alguien amenazó con sordidez), pensé en el asunto y a la larga dije que si el abogado me permitía una entrevista confidencial con el escribiente, en su oficina (la del abogado), esa tarde yo haría lo mejor que pudiera para librarlos de la molestia.

Cuando subí a mi vieja oficina estaba Bartleby sentado en silencio sobre el pasamanos.

–¿Qué esta haciendo aquí, Bartleby? –dije.

–Estoy sentado sobre el pasamanos –replicó mansamente.

Lo conduje a la oficina del abogado quien nos dejó solos.

–Bartleby –le dije–, ¿se da cuenta de que me causa grandes problemas cuando persiste en ocupar la entrada después de haber sido despedido de la oficina?

Sin respuesta.

–Pues bien, hay que hacer una de dos cosas. O usted hace algo, o algo debe hacerse con usted. Ahora, ¿en qué clase de negocio le gustaría trabajar? ¿Le gustaría ser copista para alguien?

–No; preferiría no hacer ningún cambio.

–¿Le gustaría ser vendedor en un almacén?

–Es demasiado encerrado. No, no me gustaría ser vendedor; pero no soy exigente.

–¡Mucho encierro! –grité–. ¡Pero si estaba encerrado todo el tiempo!

–Preferiría no ser vendedor –repitió como si quisiera zanjar este asunto de una vez.

–¿Le gustaría atender un bar? Eso no afecta la vista.

–Eso no me gustaría nada, aunque como dije antes, no soy exigente.

Tanta locuacidad me animó y volví a la carga.

–Bueno, ¿entonces le gustaría viajar por el país cobrando cuentas para los comerciantes? Eso mejoraría su salud.

–No, preferiría hacer otra cosa.

–¿Entonces le gustaría servir como acompañante de viaje a Europa, para entretener a algún joven caballero con su conversación? ¿Cómo le parece eso?

–No me gusta. No me parece que haya nada definido en eso. Me gusta estar quieto. Pero no soy exigente.

–¡Entonces estará quieto! –grité perdiendo la paciencia y furioso por primera vez en toda mi exasperante conexión con él–. Si usted no se va de este lugar antes de la noche, me verá obligado, de hecho *estoy* obligado a, a, a irme yo de este lugar –concluí absurdamente sin saber con qué amenazarlo para que se asustara e hiciera lo que se le pedía. Abandonando todos los esfuerzos, ya me iba precipitadamente, cuando un pensamiento final se me ocurrió, uno que de alguna manera ya me había pasado por la mente.

–Bartleby –le dije en el tono más amable que podía bajo tales circunstancias–. ¿Quiere irse a casa conmigo, no a la oficina sino a mi hogar y quedarse ahí hasta que podamos concluir algún arreglo conveniente para usted? Ande, vayámonos ya.

—No, en el momento preferiría no hacer ningún cambio.

No respondí sino que empujando a todos en mi sùbita huida, salí corriendo del edificio, corrí por Wall Street hacia Broadway, y salté al primer autobús para evitar que me persiguieran. Había hecho todo lo posible tanto respecto de las demandas del propietario y sus arrendatarios como respecto de mi propio deseo y sentido del deber, para beneficiar a Bartleby y protegerlo de una persecución. Ahora quería estar completamente despreocupado y pasivo y mi conciencia me justificaba pero no tan satisfactoriamente como hubiera querido. Estaba tan temeroso de que me persiguieran de nuevo el furioso propietario y los arrendatarios exasperados, que le encargué el negocio a Nippers por unos días y me fui a dar vueltas en mi carruaje por la parte de arriba de la ciudad y por los suburbios; llegué hasta Jersey City y Hoboken e hice una fugaz visita a Manhattanville y Astoria. De hecho casi viví en mi carruaje todo ese tiempo.

Cuando llegué de nuevo a mi oficina había una nota del propietario sobre el escritorio. La abrí con manos temblorosas. Me informaba que había ido a la policía y habían encerrado a Bartleby en la cárcel como un vago. Más aun, ya que yo sabía sobre él más que nadie, quería que me llegara hasta allá e hiciera una decla-

ración de los hechos. Estos sucesos me planteaban un conflicto. Al principio me indigné, pero al final casi que lo aprobaba. La disposición enérgica del propietario lo había llevado a adoptar una conducta que no creo que yo hubiera podido seguir; sin embargo, como último recurso bajo circunstancias tan peculiares, parecía la única posibilidad.

Después supe que cuando le dijeron al pobre escribiente que iba a ser llevado a la cárcel, no puso el más ligero obstáculo sino que asintió en su forma pálida, inmóvil y silenciosa.

Algunos de los espectadores compasivos y curiosos se unieron y, encabezada por uno de los policías que llevaba a Bartleby del brazo, la procesión silenciosa hizo su camino a través del ruido y el calor y la alegría de las calles al mediodía.

El mismo día en que recibí la nota, fui a la cárcel. Busqué al oficial, le comuniqué el motivo de mi visita y me informó que el individuo que describía en efecto estaba dentro. Entonces le aseguré al funcionario que Bartleby era un hombre perfectamente honesto y que debía tratársele con compasión aunque fuera muy excéntrico. Le conté todo lo que sabía y concluí con la sugerencia de que lo dejara quedar en el sitio más cómodo hasta que se pudiera hacer otra cosa, aunque yo no sabía

qué. En todo caso, si nada más se podía decidir, el asilo lo podía recibir. Entonces le pedí una entrevista.

Como no tenía ninguna acusación grave, y era muy sereno e inocuo en todos sus modales, le habían permitido caminar libremente por la prisión y específicamente en los patios con césped. Y pronto lo encontré ahí. Parado solo en uno de los patios más callados, su rostro vuelto hacia una pared mientras a su alrededor, por las pequeñas hendiduras de las ventanas de la cárcel, pensé que lo miraban los ojos de asesinos y ladrones.

–¡Bartleby!

–Lo conozco –dijo sin dar la vuelta–, y no quiero hablar con usted.

–No fui yo el que lo trajo aquí, Bartleby –dije adolorido por su sospecha–. Y para usted este no es un lugar tan malo. No está aquí por nada reprochable. Y vea, no es un lugar tan triste como uno pensaría. Mire, ahí está el cielo y aquí está el césped.

–Yo sé dónde estoy –contestó, pero no dijo nada más, así que me fui.

Cuando entré de nuevo al corredor, un hombre grueso con un delantal se me acercó y señalando con el pulgar sobre el hombro dijo:

–¿Es su amigo?

–Sí.

–¿Quiere morirse de hambre? Si así es, que se alimente con la comida de la prisión, es todo.

–¿Quién es usted? –pregunté sin saber qué pensar de una persona que hablaba de manera tan poco oficial en tal lugar.

–Soy el cocinero. Los caballeros que tienen amigos aquí me contratan para que les ofrezca algo bueno de comer.

–¿De verdad? –le pregunté al guardia.

Dijo que sí.

–Bueno, entonces –dije pasando algunos billetes a la mano del cocinero–, quiero que le dé atención particular a mi amigo, déle la mejor comida que pueda conseguir. Y sea tan educado con él como sea posible.

–Presénteme, por favor –dijo el cocinero mirándome con una expresión que parecía decir que estaba impaciente por una oportunidad para demostrar su habilidad.

Pensando que podría beneficiar al escribiente, acepté, le pregunté su nombre y fui hasta donde Bartleby.

–Bartleby, este es un amigo: lo encontrará muy útil.

–A su servicio, señor, a su servicio –dijo el cocinero haciendo una breve reverencia detrás del delantal–. Espero que se encuentre bien aquí, señor; hermosos patios, apartamentos frescos; espero que se quede con

nosotros algún tiempo, trataré de que sea agradable para usted. ¿Y qué quiere cenar hoy?

–Prefiero no cenar hoy –dijo Bartleby dando la vuelta–. No me caería bien, no estoy acostumbrado a las comidas –y mientras decía esto se movía despacio hacia el otro lado del patio y tomaba su posición frente a la pared muerta.

–¿Cómo es esto? –dijo el cocinero mirándome atónito–, ¿es raro, no es cierto?

–Creo que está un poco perturbado –dije yo con tristeza.

–¿Perturbado? ¿Perturbado? Bueno, yo pensé que ese amigo suyo era un caballero falsificador; siempre son pálidos y gentiles esos falsificadores. Siento lástima por ellos; no puedo evitarlo, señor. ¿Conoció usted a Monroe Edwards?– añadió conmovido e hizo una pausa. Después, me puso la mano en el hombro de manera lastimera y suspiró–. Murió de tuberculosis en Sing-Sing. ¿Usted lo conoció?

–No, nunca he conocido socialmente a ningún falsificador. Pero no puedo quedarme más. Cuide a mi amigo. No perderá nada. Le veré de nuevo. Algunos días después, obtuve admisión en la cárcel de nuevo y caminé por los corredores en busca de Bartleby pero no lo encontré.

–Lo vi salir de su celda no hace mucho –dijo un guardián–, quizás ha ido a los patios.

Así que me dirigí hacia allá.

–¿Está buscando al hombre callado? –preguntó otro guardián al pasar–. Está más adelante, durmiendo en el patio. Hace menos de veinte minutos lo vi acostarse.

El patio estaba silencioso por completo. Los prisioneros comunes no podían entrar ahí. Las paredes que lo rodeaban, de un grosor asombroso, mantenían el ruido por fuera. El carácter egipcio de la albañilería pesaba sobre mí con su tristeza. Pero un césped suave crecía en el suelo. Parecía el corazón de las eternas pirámides donde por alguna magia extraña, a través de las grietas, las semillas del césped traídas por los pájaros habían crecido.

Acurrucado de manera extraña al pie de la pared, con las rodillas hacia arriba y de medio lado, con la cabeza sobre las piedras frías, vi al acabado Bartleby. Pero nada se movió. Me detuve un poco y después me acerqué a él, me incliné y vi que sus ojos opacos estaban abiertos; por lo demás parecía profundamente dormido. Algo me obligó a tocarlo. Le toqué la mano y un escalofrío me corrió por el brazo y por la columna vertebral hasta los pies.

La cara redonda del cocinero me miraba.

- ¿Tampoco va a cenar hoy? ¿O vive sin cenar?
- Vive sin cenar –dije y le cerré los ojos.
- Está dormido, ¿no es cierto?
- Con reyes y abogados –murmuré.

PARECERÍA QUE no hay necesidad de seguir con esta historia. La imaginación suplirá la exigua narración del entierro del pobre Bartleby. Pero antes de dejar al lector quiero decir que si esta pequeña narración despertó su curiosidad acerca de quién era Bartleby y de cómo había vivido antes de que el narrador lo conociera, solo puedo decir que yo participo de esa curiosidad pero no soy capaz de satisfacerla. Sin embargo, no sé si debería divulgar un pequeño rumor que llegó a mis oídos pocos meses después de que muriera el escribiente. No estoy seguro de que sea cierto. Pero como este reporte vago ha tenido algún interés sugestivo para mí, aunque triste, puede pasar lo mismo con los demás y por lo tanto lo menciono. El reporte es el siguiente: que Bartleby había sido empleado del Archivo de Cartas Muertas en Washington, de donde había sido despedido súbitamente por un cambio de administración. Cuando pienso en ese rumor, casi no puedo expresar las emociones que se apoderan de mí. ¡Cartas muertas! ¿Acaso no suena

como hombres muertos? Piensen en un hombre inclinado por naturaleza y mala suerte a una pálida desesperanza, ¿puede encontrarse un oficio más adecuado para fortalecerla que la manipulación continua de esas cartas muertas y su clasificación para quemarlas? Porque anualmente se queman por montones. Alguna vez, el pálido empleado saca un anillo de un papel doblado, el dedo al que pertenecía se pudre en la tumba; un billete enviado con rápida compasión, aquel a quien habría aliviado ya no come ni siente hambre; el perdón para los que murieron desesperados: la esperanza para los que murieron sin ella; buenas nuevas para los que murieron asfixiados por calamidades sin alivio. Con mensajes sobre la vida, estas cartas se apresuran hacia la muerte.

¡Ah, Bartleby! ¡Ah, humanidad!

★

BARTLEBY DE
HERMAN MELVILLE
FUE EDITADO POR LA
SECRETARIA DISTRITAL DE
CULTURA, RECREACIÓN Y
DEPORTE Y LA SECRETARÍA
DE EDUCACIÓN DISTRITAL
PARA SU BIBLIOTECA

libro al viento

BAJO EL NÚMERO TREINTA
Y CINCO Y SE IMPRIMIÓ EL
MES DE AGOSTO DEL AÑO
2007 EN BOGOTÁ



LIBRO AL VIENTO

TÍTULOS PUBLICADOS

- 1 *Antígona*
Sófocles
- 2 *El 9 de abril, fragmento de*
Vivir para contarla
Gabriel García Márquez
- 3 *Cuentos para siempre*
Grimm, Andersen, Perrault y Wilde
- 4 *Cuentos*
Julio Cortázar
- 5 *Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá,*
selección de las Crónicas de Santafé y Bogotá
José María Cordovez Moure
- 6 *Cuentos de animales*
Rudyard Kipling
- 7 *El gato negro y otros cuentos*
Edgar Allan Poe
- 8 *El beso y otros cuentos*
Anton Chejov
- 9 *El niño yuntero*
Miguel Hernández
- 10 *Cuentos de Navidad*
Cristian Valencia, Antonio García,
Lina María Pérez, Juan Manuel Roca
Héctor Abad Faciolince
- 11 *Novela del curioso impertinente*
Miguel de Cervantes
- 12 *Cuentos en Bogotá*
Antología
- 13 *Cuentos*
Rafael Pombo
- 14 *La casa de Mapuhi y otros cuentos*
Jack London
- 15 *¡Qué bonito baila el chulo!*
Cantas del Valle de Tenza
Anónimo
- 16 *El beso frío y otros cuentos bogotanos*
Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio
Reyes Posada, Roberto Rubiano Vargas,
Julio Paredes, Evelio José Rosero,
Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero
- 17 *Los vestidos del emperador y otros cuentos*
Hans Christian Andersen
- 18 *Algunos sonetos*
William Shakespeare
- 19 *El ángel y otros cuentos*
Tomás Carrasquilla
- 20 *Iván el Imbécil*
León Tolstoi

- 21 *Fábulas e historias*
León Tolstoi
- 22 *La ventana abierta y otros cuentos sorprendentes*
Saki, Kate Chopin, Henry James,
Jack London, Mark Twain, Ambroce Bierce
- 23 *Por qué leer y escribir*
Francisco Cajiao, Silvia Castrillón,
William Ospina, Ema Wolf,
Graciela Montes, Aidan Chambers,
Darío Jaramillo Agudelo
- 24 *Los siete viajes de Simbad el marino*
(Relato anónimo de *Las mil y una noches*)
- 25 *Los hijos del Sol*
Eduardo Caballero Calderón
- 26 *Radiografía del Divino Niño y otras crónicas sobre Bogotá*
Antología de Roberto Rubiano Vargas
- 27 *Dr Jekyll y Mr Hyde*
Robert Louis Stevenson
- 28 *Poemas colombianos*
Antología
- 29 *Tres historias*
Guy de Maupassant
- 30 *Escuela de mujeres*
Molière
- 31 *Cuentos para niños y otros lectores*
Hermanos Grimm,
Alexander Pushkin
Rudyard Kipling
- 32 *Cuentos latinoamericanos I*
Adolfo Bioy Casares
Carlos Fuentes
Juan Carlos Onetti
- 33 *Palabras para un mundo mejor*
José Saramago
- 34 *Cuentos latinoamericanos II*
Gabriel García Márquez
Juan Rulfo
Rubem Fonseca
- 35 *Bartleby*
Herman Melville
- 36 *Para niños y otros lectores*
Alphonse Daudet
Wilhelm Hauff
León Tolstoi

